

El socialismo: el lugar de la crisis*

FÉLIX OVEJERO LUCAS**

Resumen: El socialismo se compromete con dos tipos de premisas. Normativas, que afirman que la realización de las mejores potencialidades de los seres humanos sólo se pueden desarrollar en sociedades igualitarias, con vínculos comunitarios y escenarios radicalmente democráticos. Empíricas, que sostienen que tales sociedades resultan incompatibles con el capitalismo. De ahí, los socialistas concluyen lo que constituye el núcleo de la identidad socialista: la realización del ideal emancipador exige modificar o acabar con el capitalismo.

Junto con estas tesis, los socialistas tradicionalmente han asumido diversas proposiciones acerca de las condiciones de funcionamiento de la sociedad socialista (condiciones de abundancia) y de la transición al socialismo: el capitalismo es un sistema contradictorio que desemboca naturalmente en el socialismo. Este trabajo evalúa tales conjeturas y concluye que mientras el núcleo de la identidad socialista permanece vigente han fracasado las ideas acerca de la transición al socialismo y sobre su naturaleza. El resultado es que los socialistas se enfrenta a dos dilemas diferentes, acerca de la realizabilidad del socialismo y de compatibilidad entre los distintos componentes del ideal normativo socialista.

Palabras clave: Filosofía política, socialismo, transición, ecología.

Abstract: Socialism assumes two kinds of premises. Some are normative, namely human beings flourish when they live in a society characterized by egalitarian distributions, communitarian bonds, and radical democratic conditions. Other premises are empirical, specifically capitalism blocks the possibility of achieving that model of society. From them, socialists reach the conclusion that forms the core of socialist identity: to achieve a society where human beings can flourish requires challenging capitalism.

Aside from these traditional tenets, socialists also believe several theoretical propositions about the conditions that make up socialist society (mainly, conditions of abundance) and about the transition to socialism: capitalism is an unsustainable social order with an inherent tendency to the socialism. This paper evaluates these ideas and concludes that while the core of socialist ideals remain relevant, the thesis about the transition to socialism and about its nature are wrong. Given these circumstances, socialists are faced with two dilemmas. One involves the possibility of socialism and the other concerns the compatibility, in light of shortage conditions, between the different components of the socialist ideal.

Key words: Political Philosophy, socialism, transition, ecology.

Todas las tradiciones emancipadoras, inevitablemente, han arrancado por condenar las sociedades que pretendían modificar. Pero únicamente la tradición socialista se ha preocupado no sólo por descalificar la sociedad capitalista sino también por las alternativas, por si era realizable una socie-

Fecha de recepción: 5 septiembre 2002. Fecha de aceptación: 26 septiembre 2002.

* Los comentarios de Josep Lluís Martí Marmol, Paco Ramos y Ernest Weikert me han sido de mucho provecho al escribir este trabajo.

** Dirección: Facultad de Económicas, Universidad de Barcelona. Avda. Diagonal, 684, 08034 Barcelona. E-mail: ovejero@eco.ub.es

Es autor de *La libertad inhóspita*, Barcelona, Paidós, 2002; y coeditor de *Razones para el socialismo*, Barcelona, Paidós, 2002.

dad sin clases, por cómo esa sociedad se organizaría, por su diseño, y, por cómo acceder a ella, por cómo se vinculaba el presente con el futuro pretendido. El socialismo era, no sólo afirmación de principios, sino también de proyectos y de procesos, exploración de otras sociedades alternativas a la sociedad capitalista y de la transición hacia ellas.

Esta peculiaridad hace particularmente imprecisa la repetida tesis de que «el socialismo está en crisis»¹. En sus formulaciones habituales son frecuentes dos inexactitudes. La primera consiste en inferir del fracaso de los proyectos socialistas *conocidos* la imposibilidad de realizar *cualquier* proyecto socialista. La falacia de ese proceder es inmediata, como nos lo recuerda la historia entera de la tecnología: a nadie se le ocurrió frenar la investigación aeronáutica a partir del fracaso de los primeros aviones. La segunda consiste en una ambigüedad que se apoya en la mencionada peculiaridad de la tradición socialista como tradición emancipatoria y para deshacerla resulta obligado precisar a cual de sus componentes nos referimos al hablar de «crisis»: al ideario, que sirve de base a las descalificaciones de la sociedad capitalista, al proyecto, que trazaba, a grandes rasgos, las formas institucionales que adoptaría la sociedad cimentada en tales principios, o al proceso, a la transición entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista².

Mi diagnóstico es que no hay crisis en lo que llamaré *núcleo de la identidad socialista* y que consiste en la defensa de ciertos valores y la tesis de que su realización social resulta incompatible con el capitalismo. Los lugares de la «crisis» son otros: la transición al socialismo y, en el sentido que se precisará, la materialización del proyecto. Los dos problemas tienen un origen común en la falsedad de la *hipótesis de la abundancia*, central en los modelos clásicos de socialismo, según la cual, a diferencia de los modos de producción anteriores, incluido el capitalista, el socialista está en condiciones de asegurar un crecimiento ilimitado de las capacidades productivas. Falsedad que se ha revelado particularmente concluyente: no es que un modo de producción específico se muestre incapaz de asegurar las condiciones de abundancia, que la escasez sea resultado de una incorrecta forma de organizar la vida productiva (*hipótesis débil de la abundancia*), es que ningún modo de producción, incluido el socialista, puede asegurar la abundancia porque las constricciones son anteriores a la forma de organizar la vida social, son ecosistémicas (*hipótesis fuerte de la abundancia*)³. El reconocimiento de que vivimos en un planeta con recursos limitados tiene importantes implicaciones para aquellos idearios que pretenden acabar con la exclusión social, que quieren extender la eman-

-
- 1 Esa circunstancia se percibe incluso en estos tiempos, cuando no está en sus mejores días, cuando es un lugar común hablar de «crisis» del proyecto socialista. De crisis o de fracaso, pues, para muchos, la fórmula «crisis», se queda corta, parece aludir a un proceso transitorio y, por ello, admitir un «final de la crisis»; según ellos, el socialismo sencillamente está en vía muerta y es más correcto certificar esa defunción, es más atinado hablar, sin más, de fracaso. Con todo, «crisis» o «fracaso» son calificaciones que no se aplican —o se aplican en sentido muy diferente— a tradiciones como la feminista y no tanto, o no sólo, porque les vayan mejor las cosas, como porque a diferencia del socialismo, tales tradiciones, que también descalifican desde buenas razones las sociedades en las que aparecen, no han abordado de modo sistemático la realización de proyectos sociales alternativos.
 - 2 A lo largo de estas páginas casi siempre haré uso de la palabra «socialista» para designar una sociedad de inspiración igualitaria en donde las necesidades son plenamente atendidas, operan fundamentalmente disposiciones fraternas, es máxima la democracia, el autogobierno, y los individuos están en condiciones de ejercer sus mejores talentos humanos. En sentido estricto, para la tradición que procede de Marx, debería utilizar la palabra «comunista» para referirme a esa sociedad. Pero, como recuerda Cervantes, el sentido de las palabras lo determina «el vulgo y el uso» y hoy la calificación de comunismo parece inevitablemente asociada a las experiencias de lo que se llamó «socialismo real». Ciertamente es que en la investigación científica el léxico es fundamentalmente estipulativo, pero no lo es menos que, por razones diversas, las licencias son más limitadas en el estudio de los procesos sociales.
 - 3 Desde el conocimiento científico-técnico disponible porque, obviamente, las acciones prácticas se han de basar en lo que se sabe hoy, no en lo que se puede llegar a saber que, por definición, es ignorado.

cipación al conjunto de la humanidad —no sólo a unos cuantos privilegiados—. Las implicaciones afectan, en primer lugar, a *los modelos de transición* que establecían una serie de relaciones causales entre la quiebra del capitalismo y su sustitución por el socialismo. En esos modelos clásicos, las mismas razones que alimentaban la crítica y la crisis del capitalismo, que desencadenaban los procesos, justificaban el proyecto: el socialismo era capaz de atender las necesidades que el capitalismo desataba pero no atendía. Ahora, una vez reconocido que no hay de todo para todos, las razones que justifican normativamente el proyecto, que lo hacen especialmente interesante en los tiempos presentes (la inspiración igualitaria y el anticapitalismo, entre otras) están en la base de las dificultades del proceso, de la transición, que sólo parece realizable mediante intervenciones sociales con altos costos e incertidumbres, lo que, de facto, convierte a la transición en un problema moral. Por otra parte, la hipótesis fuerte de abundancia también tiene consecuencias sobre la *realización completa del ideario*, en particular de los ideales de autorrealización o de autogobierno, para todos, esto es, respetando el principio de igualdad: mientras en la abundancia todo parece posible, en la escasez se impone precisar el ideario y explorar su realismo⁴.

Los dos ámbitos de crisis (transición y proyecto) se traducen en dos dilemas a los que los socialistas han de hacer frente: un *dilema de la posibilidad del socialismo*, entre una radical discontinuidad con la sociedad capitalista, con altos costos sociales, y un abandono del proyecto, del horizonte de transformación, una aceptación vigilante de un capitalismo embridado, que trata de corregir algunas de sus patologías, a sabiendas del carácter reversible de cualquier conquista y de la posibilidad de aparición de nuevas dificultades; un *dilema de compatibilidad del ideario*, entre, por una parte, el abandono de la aspiración a la completa realización del ideal socialista, una vez se aceptan modelos humanos propios de la sociedad capitalista acordes con una interpretación de la libertad (y la autonomía) como capacidad de obrar sin interferencias en la realización de los propios deseos y, por otra parte, el mantenimiento del ideal, en el que cobra especial importancia la autonomía (la libertad) entendida como capacidad de autoelección atendiendo a las mejores razones y que requiere una concepción exigente de la naturaleza humana, en radical discontinuidad con los comportamientos heredados del capitalismo.

En la primera parte mostraré el núcleo de la identidad socialista, el ideario y la incompatibilidad con el capitalismo. Después repasaré las dos funciones del ideario, como instrumento evaluador y con guía de propuestas. Finalmente, con desigual detenimiento, expondré cómo la crisis de la hipótesis de la abundancia ha situado a la tradición socialista antes los dos dilemas expuestos.

4 Vale decir que, en general, no faltan «modelos» de socialismo, de proyectos o propuestas institucionales, que se dan con el suficiente grado de especificación que permite la teoría social, al menos con el mismo que, por ejemplo, permite a muchos defender el mercado desde las teorías del equilibrio general (y seguramente con menor problemas que éstas: B. Guerrien, *La théorie neo-classique*, Économica, París, 1986). No me ocuparé aquí de tales modelos, algunos recogidos en R. Gargarella, F. Ovejero (eds.), *Razones para el socialismo*, Paidós, Barcelona, 2001. Recopilaciones clásicas son: J. Elster, K. Moene (eds.), *Alternatives to Capitalism*, Cambridge U.P.: Cambridge, 1989; P. K. Bardhan, J. Roemer, *Market Socialism: The Current Debate*, Oxford U.P. Oxford, 1993. Cf. También los diversos encuentros —que han dado pie a varios volúmenes, desde 1993— de *The Real Utopian Projects*: <http://www.ssc.wisc.edu/~wright/RealUtopias.htm>. Recientemente, la revista *Science & Society* (2002, vol. 61, 1.) ha dedicado un número —que es la continuación de un especial, de hace 10 años: «Socialism: Alternative Visions and Models.» 1992, V. 56, 1)— a modelos de socialismo (contrapuestos a los modelos de mercado, incluidos los socialismos de mercado).

Tampoco me entretendré en la relación entre ideales normativos y diseños institucionales (o proyectos), más de allá de ciertas consideraciones generales acerca de las implicaciones de las circunstancias empíricas para la traducción de los principios en proyectos.

5 K. Marx, *El Manifiesto Comunista*, Ayuso, Madrid, 1974, p. 96.

La identidad socialista

La tradición socialista aspira a una sociedad «en la que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos»⁵. En ese sentido, se puede contemplar al socialismo como un intento de extender al conjunto de la sociedad un ideal clásico de buena vida que es el resultado de la actividad acorde con las excelencias humanas, ideal que, en el socialismo moderno, toma la forma del principio de autorrealización, entendida como la libre y plena actualización (desarrollo y ejercicio) y externalización (pública) de capacidades y talentos⁶. A dicha tesis los socialistas añaden otra más explícitamente empírica, a saber, que el capitalismo impide la realización de dicho objetivo. Los socialistas no niegan que en la sociedad capitalista sea posible que unos privilegiados puedan realizar aquel ideal, pero siempre a condición de que esa misma posibilidad les esté negada a otros, a los explotados. Más exactamente, su diagnóstico se apoya en dos pasos:

- 1 Los seres humanos ejercen sus capacidades a través de sus actos y las relaciones y circunstancias en que viven son fundamentales para su autorrealización. Con más detalle, para el conjunto de las gentes, la realización de sus potencialidades sólo es posible: a) con una distribución radicalmente igualitaria de las condiciones de vida, porque sólo si disponen de suficientes recursos los individuos podrán realizar sus proyectos y solo si esa distribución no es desigual existen las condiciones para un mutuo reconocimiento sin el cual no hay pública externalización de las capacidades⁷; b) en comunidades donde primen vínculos de cooperación no instrumental⁸, porque sólo en ese caso «el libre desarrollo tuyo es una condición de mi libre desarrollo», porque en tales comunidades hay lugar para la realización de unas capacidades que, en virtud de su naturaleza social, los individuos no pueden ejercer en aislamiento y a la vez, se dan unas condiciones de recíproca confianza indispensables para apreciar su ejecución exitosa; c) en condiciones de pleno autogobierno (libertad positiva), porque sin autogobierno no hay elección autónoma de las propias metas y, sin ésta, no cabe la autorrealización⁹.
- 2 La realización de tales potencialidades, del ideal socialista, resulta incompatible con el capitalismo, entendido como un modo de producción caracterizado por un sistema de producción que combina un sistema de coordinación de las decisiones a través de precios en un escena-

6 J. Elster. «Self-realization in work and politics: the Marxist conception of the good life», J. Elster, K. Moene (eds.), *Alternatives to Capitalism*, op. cit.

7 La segunda parte de este juicio se sustenta en que entre iguales es más probable el reconocimiento mutuo, condición de la autorrealización. Con más detalle: a) la aguda desigualdad hace improbables los vínculos de comunidad, los sentimientos de formar parte de la misma sociedad; b) sin vínculos de comunidad el reconocimiento de «la sociedad», el juicio de los otros, no resulta fiable; c) si no tengo confianza en el juicio de los otros sus opiniones sobre mis actuaciones no me merecen crédito (no es posible el reconocimiento unilateral); d) sin un juicio externo fiable no hay posibilidad de autorrealización.

8 En la cooperación instrumental, como la que se da entre quienes abren un negocio o mantienen relaciones de intercambio, yo colaboro contigo si y sólo si me resultas útil para obtener mi objetivo. La no instrumental es la que está en la base de la idea aristotélica de la comunidad política: «Es evidente, pues, que la ciudad no es una comunidad de lugar para impedir injusticias recíprocas y con vistas al intercambio(...)el fin de la ciudad es, pues, el vivir bien... la comunidad existe con el fin de las buenas acciones y no de la convivencia» (*La Política*, 1280b11-1281a15).

9 No es esta la ocasión para un desarrollo detallado de cada uno de estos puntos. De todos modos no me resisto a recordar que no faltan evidencias empíricas que avalan por ejemplo la relación entre felicidad —que algo captura de la *eudaimonia*, la noción clásica que está en la trastienda de la autorrealización— y democracia participativa (autogobierno): B. Frey, A. Slutzer, «Happiness, Economy and Institutions», *The Economic Journal*, 110, oct. 2000; R. Ryan, E. Deci, «On Happiness and Human Potentials: A Review of Research on Hedonic and Eudaimonic Well-Being», *Annual Review of Psychology*, 2001, 52.

rio de competencia, el mercado, y un sistema de propiedad privada —de desigual acceso a— de los medios de producción, esto es, que otorga a los distintos individuos que participan en la producción diferentes derechos y poderes sobre el uso de los medios de producción y sobre los resultados de su uso¹⁰.

De ahí, los socialistas concluyen que la realización del proyecto emancipador requiere acabar con el capitalismo¹¹. Conclusión de la que se sigue como corolario práctico que aquellos comprometidos en la emancipación humana se enfrentan a la doble tarea de perfilar un proyecto social que asegure los ideales de radical igualdad y de comunidad y de precisar si dicho proyecto, además de realizable, resulta accesible, esto es, forma parte de las trayectorias históricas abiertas a —compatibles con el futuro de— la sociedad capitalista.

La presentación anterior reconoce cierta prioridad al ideal de autorrealización: la obtención de ésta —para todos, se ha de insistir— requiere un escenario que haga posible la realización de ciertos valores que, además, también se juzgan importantes por sí mismos. De modo que el socialismo aparece comprometido con los ideales de: a) igualdad radical, sustentada en la convicción de que resulta injustificada toda desigualdad que no sea consecuencia de acciones elegidas responsablemente por los individuos, como es el caso de las desigualdades derivadas de diferencias biológicas (color de la piel, sexo, talentos naturales) o sociales (el lugar o la clase social de nacimiento) y que lleva a defender distribuciones que operan según principios como «de cada uno según sus necesidades a cada uno según sus capacidades» o «los seres humanos han de disfrutar de igual libertad real para escoger las vidas que tienen razones para vivir»¹²; b) fraternidad o comunidad, que queda recogido en el principio de comportamiento «yo te doy porque tu necesitas (no porque pueda obtener un beneficio a cambio)»¹³; d) autogobierno o libertad positiva, entendido como capacidad real para

10 Derechos y poderes que son atributos de relaciones sociales, no descripciones de las relaciones de las gentes con las cosas: si A tiene derecho sobre x es que A tiene una relación social con respecto a los otros (B) con respecto al uso de X, que le permite, por ejemplo, utilizar a X como quiera (excluirlos de su uso, apropiarse de los resultados de su uso productivo, etc.).

11 Los resultados empíricos no refutan la tesis de la incompatibilidad entre buena vida y capitalismo: R. Lane, *The Loss of Happiness in Market Democracies*, Yale: Yale U.P. 2000; B. Frey A., Stutzer, *Happiness and Economics*, Princeton, Princeton U.P. 2001.

12 Las dos formulaciones no son estrictamente equivalentes. Puestos a escoger una como principio independiente, quizá mejor la primera. La otra captura otras ideas (autorrealización, autonomía), importantes para los socialistas, pero que, por las razones que se verán, me parece importante reconocer como independientes. Razones que tendrán que ver con circunstancias de aguda escasez que podrían invitar a anteponer la igualdad a una autorrealización imposible. Cf. nota 38.

13 La fraternidad proporciona un soporte motivacional a la compatibilidad entre el autogobierno (libertad positiva) y distribuciones (igualdad) que se atienen al criterio de «de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades». Sin ella, las redistribuciones requerirán de intromisiones, al menos en un horizonte de escasez. De todos modos, si el autogobierno se entiende como sometimiento colectivo a la ley justa que los ciudadanos se dan a sí mismos, esas interferencias no se juzgarán como intromisiones a la libertad, incluso en condiciones de escasez. Pero también en este caso se necesita una cierta disposición cívica para el ejercicio de la democracia y para la aceptación de la justicia de la ley. Sin duda, en condiciones de abundancia, el ideal de fraternidad parece menos necesario, al menos por razones distributivas: hay de todo para todos. Con todo, parece más difícilmente prescindible para el ejercicio del autogobierno.

Con buenas razones podría discutirse la calificación de «ideal» para referirse a la fraternidad: el ideal sería la realización de escenarios en donde la fraternidad pueda prosperar. Podría pensarse que se trata de una natural disposición, que está entre el repertorio motivacional básico de la especie, y que es su ejercicio lo que se busca garantizar. A mi parecer, el descuido de la reflexión en torno suyo, en la tradición socialista, tiene que ver, en primer lugar, con la hipótesis de la abundancia, que obvia la preocupación por la relación entre los diseños institucionales y las disposiciones participativas, y, en segundo lugar, con una ingenua antropología bastante extendida según la cual el capitalismo es el responsable «cultural» de malear una naturaleza humana que se entendía como una página en blanco y con la desaparición de aquel se acabaría todos los males. Como se verá, las disposiciones cobran hoy una particular relevancia frente a los retos del socialismo.

decidir las leyes que rigen la propia vida o, de modo más modesto, como ausencia de dominación, de subordinación a la voluntad —arbitraria— ajena; e) autorrealización, esto es, actualización de las potencialidades creativas del ser humano, o menos clásicamente, ejercicio de las capacidades en objetivos elegidos autónomamente¹⁴. Aunque cada uno de los cuatro primeros principios, finalmente, se justifica por su contribución al último, al crear las condiciones para una sociedad en donde los seres humanos, sin exclusión, puedan desarrollar libremente lo mejor de ellos mismos, ello no quiere decir que para los socialistas esos otros valores no resulten interesantes por sí mismos.

Los principios como criterio de valoración

Los principios inventariados cumplen dos funciones: como criterios de valoración y como guías para la acción. Como criterios de valoración, permiten juzgar una situación como injusta, en particular resultan importantes en el segundo pie del núcleo de la identidad socialista, en la afirmación de la incompatibilidad entre la realización completa del ideal socialista y un modo de producción caracterizado por un desigual acceso a la propiedad y por un sistema de asignación fundamentado motivacionalmente en el egoísmo y la competencia¹⁵. Ese diagnóstico es consecuencia de que: a) el desigual acceso a la propiedad se traduce en un desigual acceso a sus frutos, a la riqueza, de tal modo que el sistema de distribución capitalista «retribuye» —la propiedad de— talentos, rasgos o dotaciones que son resultado de «buena suerte» social o cultural lo que supone distribuciones de recursos incompatibles con la tesis «ninguna desigualdad sin responsabilidad»; b) los derechos de propiedad aseguran la dominación en el centro de trabajo, al otorgar a unos agentes la capacidad de decidir las actividades y los modos de vida (reproducción, formas de vestir, socialidad) de otros que, de este modo, ven importantes aspectos de su vida regidas por la voluntad de individuos fuera de su control democrático; c) el mercado opera sobre dispositivos motivacionales que se recogen en dos principios que quiebran cualquier sentimiento fraternal o de comunidad¹⁶: uno antiigualitario («yo participo en la producción mientras pueda obtener un beneficio que resulte inaccesible a los otros») y otro egoísta-instrumental («yo te doy no porque tu necesitas, sino sólo y mientras tanto obtenga a un beneficio a cambio»); d) los derechos de propiedad, al otorgar a los propietarios el control de los procesos de trabajo y de la producción, impiden que los trabajadores, convertidos en simples instrumentos, ejerciten libremente sus talentos, los «aliena» —en la disposición— de sus capacidades y de lo que es el producto de su trabajo¹⁷. Así las cosas, el capitalismo resulta un

14 K. Marx, F. Engels, *La ideología Alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1958, pp. 55-ss... Por supuesto, estos principios pueden encontrarse con problemas de compatibilidad, que no siempre se resuelven desde la prioridad de la autorrealización. Así, el principio igualitario podría justificar situaciones —la ausencia de ayudas sociales a un lesionado por conducir temerariamente o practicar deportes de alto riesgo— que el principio fraterno miraría de otro modo. Pero la sabiduría práctica radica en sopesar esos principios en cada decisión particular.

15 El capitalismo es las dos cosas: mercado más propiedad privada de los medios de producción. Conviene recordarlo porque no faltan las propuestas de socialismo de mercado, que intentan aprovechar las ventajas coordinadoras del mercado pero con formas colectivas de propiedad.

16 Desde otro punto de vista: el capitalismo envilece motivacionalmente a unos individuos movidos únicamente por el miedo o la avaricia, que se miran entre sí instrumentalmente, sólo como fuente de riqueza o de amenaza.

17 Junto a estas críticas hay otra que no forma parte —en los presente términos— del acervo clásico, más tardía: el capitalismo es un sistema anárquico. El sistema descentralizado de toma de decisiones, que muchas veces se presenta como su mayor virtud, la mano invisible que asegura que múltiples decisiones dispersas se troquen en un orden emergente, es también responsable de procesos sociales en los que los individuos se pueden ver enfilados a comportamientos que, aunque no les gusten, son los únicos que pueden hacer y que alimentan un proceso cuyo final es desastroso, al modo como una multitud que intenta huir del fuego en un lugar cerrado se ve abocada a una catástrofe colectiva. Con-

sistema explotador, que produce desigualdades, impone la dominación de unos agentes sobre otros (y, por ello, impide la libertad de todos), refuerza las relaciones instrumentales y mina los sentimientos de comunidad y envilece y aliena a los productores. En ese sentido, el capitalismo se juzga un sistema indeseable¹⁸.

En resumen: si es el caso que el socialismo se reconoce por cierto proyecto normativo e institucional y sucede que ese proyecto no resulta realizable plenamente en el capitalismo, hay que concluir que el proyecto socialista es incompatible con el capitalismo o, dicho de otro modo, la aceptación del capitalismo conlleva el abandono del proyecto socialista. Por supuesto, ello no impide que los socialistas, por razones pragmáticas puedan aceptar al capitalismo, porque el proyecto socialista resulte irrealizable, porque suponga otros inconvenientes o porque los costos de su materialización se juzguen excesivos.

Los principios guían los proyectos

La otra función de esos principios es actuar como guías regulativas, como nortes que orientan la acción y las propuestas institucionales. Muy en líneas generales esas propuestas, acorde con los principios, invitan a los socialistas a comprometerse en la búsqueda de escenarios institucionales en donde cuajen socialmente los principios anteriores, en escenarios¹⁹:

- a) No capitalistas, habida cuenta de que el sistema de motivaciones sobre el que el capitalismo opera (los principios antiigualitario y egoísta) socava los cimientos normativos de la comunidad política, fraternales o comunitarios, y de que el sistema de distribución de derechos de propiedad de la sociedad capitalista impide el autogobierno y la autorrealización: el autogobierno porque otorga la dirección de aspectos importantes de la propia vida a individuos ajenos al escrutinio democrático; la autorrealización porque el control sobre el proceso de producción, las tareas, la elección de objetivos y los productos escapa a los productores que, de esta forma, se ven sometidos a diversas formas de alienación²⁰.

secuencias indeseables de la «anarquía del mercado» son al menos dos: a) las patologías sociales y ambientales que socavan los nichos ecológicos y morales sobre los que cualquier sociedad se edifica; b) la «alienación» de los procesos sociales respecto a sus protagonistas que no se ven dueños de sus destinos, sino víctimas. Por supuesto, en muchos procesos sociales hay efectos emergentes, que no son resultado de la voluntad de sus protagonistas, que incluso son contrarios a esa voluntad, lo que sucede es que en el capitalismo tales procesos constituyen el alma del funcionamiento del sistema.

18 Más que inmoral, por las razones que más abajo se verán.

19 Si se tratase de precisar proyectos tendríamos que ir más allá de estas consideraciones programáticas: formas distributivas, participativas, etc. Para algunas de esas propuestas: Cf. R. Gargarella, F. Ovejero, op. cit.

20 En la tradición marxista se ha calificado al capitalismo de sociedad alienada de diversas formas no siempre diferenciadas: como sinónima de «regulación externa», la propia de individuos que no son más que piezas en el ciego mecanismo social del mercado, contrapuesta a la idea de autonomía, entendida como la capacidad de un individuo de conferir dirección y sentido a su vida; como sinónima de «vacía de sentido», opuesta a la idea de autorrealización, de puesta en práctica de los talentos propios, en el sentido que podemos decir que un individuo que practica o cultiva una actividad con destreza, al mismo tiempo que realiza una tarea, se está realizando, está desplegando sus potencialidades y talentos; como «separación del trabajador con respecto a sus medios de trabajo»: como «falsa percepción de cómo son realmente las cosas», cuando los individuos otorgan a lo que es resultado de sus acciones (los procesos sociales) una calidad «natural», externa a ellos mismos (lo que refuerza las distorsiones a la hora de entender los mecanismos sociales, por ejemplo la producción, que no aparece en su condición «real»: un proceso de apropiación de la plusvalía por parte del no productor, por el capitalista cf. 44.)

- b) Radicalmente democráticos, pues sólo en una sociedad en donde es máxima la igualdad de poder los ciudadanos se someten a la propia ley. En ese sentido, los socialistas se muestran partidarios de sistemas en donde estén abiertas permanentemente las posibilidades de participación y de control de los gobernantes y, por ello, se muestran insatisfechos con los modelos de democracia en los que los ciudadanos se limitan a elegir a quienes les gobiernan, a otros a cuya voluntad se someten y subordinan.
- c) Propuestas distributivas igualitarias porque contribuyen a eliminar la pobreza y la miseria, objetivos interesantes por sí mismos, porque la disposición de recursos —salvo para los santos— es condición para abordar con entereza cualquier tarea, porque la disparidad alienta los escenarios de dominación y, también, porque, aunada a una alta productividad —de todos— que la tradición socialista clásicamente asociaba al socialismo, la igualdad permitiría a las gentes disponer de bienes y liberarse de horas y tiempo para realizar actividades en las que ejercer los talentos que no puedan desplegar en sus tareas productivas²¹.
- d) Con derechos y las libertades asegurados desde el compromiso ciudadano, pues sólo así la comunidad política puede materializar los principios de fraternidad y autogobierno. Los derechos no aparecen como un territorio blindado a —más allá de— la voluntad de la comunidad política, sino garantizado desde la comunidad política porque «la libertad de todos es la condición de la libertad de cada uno». No se trata de que los demás no se interfieran en mi derecho a opinar sino que ellos aseguren que ese derecho, que reconocen justo, es real. Precisamente porque el ejercicio de la mejor condición humana se produce en buena medida en relación con los otros, porque no se pueden realizar las propias metas en aislamiento, es necesaria la cooperación no instrumental, que requiere, a su vez, condiciones sociales y políticas. Entre otras cosas, se necesitan unas condiciones mínimas de bienestar que propicien vínculos fraternos, imposibles cuando se producen agudas diferencias de ingresos y los ciudadanos no se reconocen partícipes de una sociedad justa, y que proporcionen la posibilidad de participar en las actividades políticas con una mínima autonomía de juicio, imposible cuando la supervivencia se negocia a la vez que las opiniones. Condición de bienestar que deben estar aseguradas por todos, públicamente, esto es, que no puede depender de la buena disposición de nadie en particular, incluido el grupo familiar o una comunidad específica (religiosa, cultural), precisamente para evitar cercenar la libertad, cosa que sucede inevitablemente cuando se producen dependencias de —la arbitrariedad de— la voluntad de familias o grupos, dependencias que, además, impiden elegir limpiamente (libremente) las propias metas, que hacen improbable la autonomía en la formación de preferencias y creencias.

Las ideas heredadas sobre la transición

Como tradición emancipadora que es, el socialismo aspira a realizar el ideario y, por tanto, se enfrenta a los retos comunes a cualquier decisión práctica, a los mismos que nosotros, privadamente, nos enfrentamos cuando queremos cambiar nuestra vida: ¿es accesible el proyecto? ¿Es estable? Esas dos dimensiones también forman parte del proyecto socialista: la accesibilidad, el cómo se

21 Y también porque, en condiciones de abundancia, la igualdad no resulta costosa de obtener, de mantener o de armonizar con la autonomía y la autorrealización. Con pocos recursos, las ventajas que se pueden obtener de las posiciones privilegiadas son enormes, la competencia es feroz y, por eso mismo, se complica la posibilidad de hacer compatible el mantenimiento de los lazos de comunidad, los vínculos fraternos, con la realización de todos. Sobre estos problemas volveré más adelante.

transita desde el presente hasta la sociedad socialista, y la estabilidad, pues muy bien pudiera suceder que aun si el proyecto resulta razonable y accesible, no existieran dinámicas que aseguraran la reproducción del escenario social²². Veremos que en esos dos ámbitos surgen problemas que tienen mucho que ver con la quiebra de la hipótesis sobre la que se había edificado la concepción clásica: el socialismo como sociedad de la abundancia.

Tradicionalmente, el pensamiento socialista entendía la transición como un proceso nacido en las entrañas del capitalismo. El propio desarrollo del capitalismo activaba mecanismos endógenos responsables de su hundimiento en la dirección del socialismo. Casi todas las conjeturas sobre las que se apoyaba tal diagnóstico se han mostrado falsas empíricamente o amparadas en supuestos que no se ajustaban a como son las cosas, aunque no se puede dejar de reconocer que constituyeron brillantes desarrollos intelectuales²³. Muy en líneas generales ese modelo clásico sostiene que el capitalismo, a la vez que incompatible con el socialismo, en el sentido visto más arriba, y, por tanto, «una traba» para su realización, constituye una condición necesaria y suficiente para la llegada del socialismo. Es una condición necesaria en un doble sentido: a) el capitalismo proporciona un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas, ciertas condiciones de abundancia, que hacen posible superar unos niveles de subsistencia en los cuales es imposible toda acción colectiva, que requiere disponer de algún tiempo no dedicado a sobrevivir; b) crea una clase social, el proletariado, desposeída, tendencialmente mayoritaria, central para el funcionamiento del proceso productivo, para la creación de riqueza, explotada y que, en virtud de las características de los procesos de producción, que favorecen la homogeneización de intereses y la socialización, está en condiciones de tomar conciencia de sus intereses compartidos. En ese sentido, el capitalismo es una inevitable estación de tránsito para el socialismo y no habría modo de evitarla.

Pero no sólo se trataba de que sin el capitalismo no habría aparecido la posibilidad del socialismo: el capitalismo también era una condición suficiente para el socialismo, esto es, bastaba la existencia del capitalismo para que, como consecuencia del funcionamiento de procesos inscritos en su propia dinámica, el socialismo apareciera como la ineluctable etapa siguiente. En ello interviene diversos mecanismos que relacionan el presente con el futuro mediante secuencias endógenas. El primero quedaba descrito por una teoría de naturaleza económica que Marx llama *caída tendencial de la tasa de beneficio*. Según Marx, a pesar de que la fuente de toda riqueza reside en el trabajo, para competir, los capitalistas están obligados a sustituir el trabajo vivo, el de la gente, por maquinaria. Como resultado de ello, desaparece la fuente misma de su riqueza y, con ella, el beneficio. Otra conjetura se refiere a una supuesta contradicción —para decirlo con léxico clásico— entre relaciones de producción y fuerzas productivas, contradicción que actuaría como motor de los procesos históricos. Así, por ejemplo, había sucedido en el tránsito de una sociedad feudal a una sociedad capitalista, cuando la burguesía naciente, que iniciaba el comercio y la

22 Al modo como la sociedad de mercado alienta un tipo de comportamiento (egoísta) que es el que necesita para su propia reproducción. Reconocer esta circunstancia no quiere decir: a) que esa estabilidad sea normativamente deseable, al cabo, podríamos perfectamente imaginar una sociedad esclavista estable y, obviamente, ello no la justifica éticamente; b) que no existan fuerzas disgregadoras en el capitalismo, como lo son, por ejemplo, las que atentan sobre su propio nicho moral: el comportamiento free rider que socava la red de confianza sin la cual el mercado no puede funcionar. Por otra parte, conviene advertir que los problemas de estabilidad no se deben confundir con los de consistencia o compatibilidad. Desde luego, si un proyecto busca realizar objetivos inconsistentes o incompatibles será inestable, pero eso no quiere decir que asegurada la consistencia o la compatibilidad se asegure el mantenimiento del proyecto. Los problemas que se detectarán aquí se refieren a compatibilidad y, en ese sentido, son un subconjunto, de los problemas de estabilidad.

23 Muy sumariamente suponían abandonar la filosofía de la historia clásica por teoría social.

pequeña industria, que buscaba ampliar mercados, se encontró con obstáculos y limitaciones, con peajes y tributos en el desplazamiento de mercancías y relaciones de dominio personal que impedían a la fuerza de trabajo desplazarse de un lugar a otro a buscar ocupación. Mediante procesos como éste el crecimiento de las fuerzas productivas era obstaculizado por las relaciones de propiedad: se ahogaba el desarrollo económico y, en un sentido general, al menos para una mentalidad del XIX, se limitaba el progreso y el bienestar. Del mismo modo, el capitalismo, a la vez que creaba un marco institucional, de liberación de la servidumbre, y propiciaba un proceso de concentración de la producción, operaba desde unas relaciones de producción, de derechos de propiedad, que establecían límites al desarrollo. Para Marx esa tensión, a la larga, resultaba insostenible y al final el proceso se decantaba siempre del lado del progreso, se acababa imponiendo la dinámica inflexible de las fuerzas productivas. Incapaces de impedir el crecimiento de éstas, las reglas del juego social se venían abajo y eran sustituidas por otras que se acomodaban mejor a la nueva situación. Un tercer proceso era resultado de que el capitalismo, a la vez que generaba una expansión de las necesidades de consumo, se mostraba incapaz de satisfacerlas en virtud tanto de su calidad de sistema explotador, de sistema privado de apropiación, por parte de unos pocos, de la riqueza producida por (casi) todos, como de las limitaciones que ese sistema de apropiación imponía al desarrollo de las fuerzas productivas. La dinámica del capitalismo producía en la clase trabajadora, por un lado, un aumento de las necesidades y, por otro, un choque con un sistema que las alimentaba pero que no colmaba. En esas circunstancias, desde la perspectiva de Marx, acabarían por aparecer la crítica al sistema, por la pobreza y por la infelicidad que alentaba, y, también, la esperanza y la promesa de otra sociedad (comunista) donde las necesidades, los deseos y aspiraciones podrían finalmente satisfacerse. Por último, la propia lucha de clases operaba de tal modo que las condiciones objetivas más arriba descritas como condiciones necesarias se transformaban en condiciones suficientes cuando aparecían elementales intervenciones políticas. La clase obrera, una clase mayoritaria —o tendencialmente mayoritaria—, nuclear en la reproducción del capitalismo en tanto causante del conjunto de la riqueza social, y, además, la clase explotada, era, por un lado, el motor del cambio y encontraba en ella misma su propio combustible, en la medida que este cambio la acababa beneficiando. La conjunción de estar peor, estar explotada y estar en condiciones de modificar las cosas establecía un natural vínculo entre intereses objetivos e intereses subjetivos, para decirlo con una antigua fórmula, imprecisa pero clara intuitivamente²⁴.

La solvencia de tales argumentaciones es dispar. La teoría de la caída de la tasa de ganancia, fuertemente comprometida con la teoría del valor, no sobrevive a los problemas de ésta²⁵. La relación contradictoria entre fuerzas productivas y relaciones de producción es, sin duda, una hipótesis histórica fecunda, pero, desde luego, nada parecido a una sistema causal determinista²⁶. El supuesto de

24 Vale la pena recordar esa circunstancia, sobre todo en nuestros días, cuando los pobres y marginados no necesariamente están explotados y, desde luego, pocas veces están en condiciones de modificar sus circunstancias. Importa distinguir entre las dos situaciones, entre la pobreza relacionada con la explotación y la relacionada con la marginación. En las dos existe un vínculo entre la riqueza de unos y la pobreza de otros, pero la naturaleza del vínculo es bien diferente. La pobreza de unos puede ser la condición de la riqueza de otros sin que se pueda decir que la riqueza de unos sea la causa de la pobreza de otros, que es lo que sucede con la explotación. El criterio para distinguir las dos situaciones es sencillo: cuando se dan relaciones causales, cuando existe explotación, el rico está interesado en que el pobre exista; en el otro caso, no, incluso puede preferir que desaparezca. Más abajo se verá la importancia de estas distinciones.

25 No así la teoría de la explotación que se puede formular con independencia de la teoría del valor: J. Roemer, *A General Theory of Exploitation and Class*, Cambridge: Harvard U.P. 1982.

26 G. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defense*, Princeton: Princeton U.P., 2000 (edición ampliada); F. Ovejero, *La quimera fértil*, Icaria, Barcelona, 1994.

la homogeneización de los procesos de trabajo y, por tanto de intereses, en condiciones favorables para la acción colectiva, no se ajusta al aumento de las diferenciaciones y líneas de fractura en el seno de la clase obrera. Por otra parte, tampoco es el caso que el desarrollo del capitalismo haya producido el empobrecimiento de los trabajadores, circunstancia que complica su disposición a comprometerse en procesos revolucionarios, costosos e inciertos, en los que tienen mucho que perder. En todo caso, para lo que aquí me interesa destacar, salvo en la teoría de la tasa de ganancia, en las otras conjeturas se puede reconocer un esquema argumental parecido, en tres pasos, y en el que ocupa un lugar especialmente relevante el supuesto de la sociedad comunista como sociedad de la abundancia: en primer lugar, se dan unas fuerzas retenidas, unas fuerzas productivas o unas necesidades embriadas por algunas constricciones sociales que impiden el desarrollo de cierto potencial, sea productivo, sea de simple realización de los deseos; después, hay un mecanismo (el sistema de reproducción del capitalismo) que alimenta estas necesidades, potencialidades de realización o capacidades productivas, pero que, al mismo tiempo, impide su consumación; y, finalmente, existe una futura sociedad en la que las necesidades se satisfacen y las tensiones se resuelven.

Adviértase cómo opera la transición: el mismo mecanismo que produce el acercamiento a la sociedad final —la necesidad de satisfacer las demandas, el desarrollo de las capacidades y talentos de los individuos—, fundamenta el propio comunismo, que se entiende como una sociedad de la abundancia donde personas libres e iguales no encontrarían problemas para su completa realización. El mismo principio que sirve para minar la sociedad presente, su incapacidad para hacer frente a los retos productivos, constituye el motor que alimenta un proceso que, adicionalmente, desemboca en una sociedad cuyo fundamento es justamente su enorme potencial productivo. En ese sentido, la secuencia tiene una traducción política inmediata: los socialistas deberían alentar las demandas de la clase tendencialmente mayoritaria, que nada tenía que perder, dada su condición de explotada, y que, dada su posición en el proceso productivo, estaba en condiciones de imponer sus puntos de vista, de paralizar el funcionamiento de la sociedad; como es el caso que el capitalismo no puede atender las necesidades insatisfechas y el socialismo sí, el mismo mecanismo de extensión del ideario, de eficacia electoral si se quiere, era el que estaba en la base del proyecto, del socialismo: la abundancia. Esta era un rasgo básico del socialismo y un instrumento de crítica y erosión del capitalismo.

Los problemas de la transición y el dilema del socialismo

En el modelo clásico, tal y como se acaba de ver, la transición al socialismo era cosa segura y en ella resultaba fundamental la hipótesis del desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas. El socialismo aparecía como el horizonte natural y deseado. La llegada del socialismo era resultado de la confluencia de la insostenibilidad del capitalismo, la naturaleza endógena de sus patologías y la dirección en la que se resolvían, junto con la superioridad del socialismo, un escenario social en el que los que nada tenían que perder en el capitalismo y tenían la sartén por el mango, sólo podían ganar. La abundancia era importante en el proceso y en el proyecto. Con la abundancia: a) se volvían prácticamente nulos los costos de transición, en tanto los perdedores del presente accedían a un futuro en el que sólo tenían las de ganar; b) se simplificaban los problemas de cómo organizar la sociedad socialista, pues, si era el caso que había de todo para todos, que cada uno podía obtener lo que quería, los conflictos de intereses y distributivos perdían todo sentido²⁷, incluso si las gentes eran egoístas o envidiosas.

²⁷ Y por ende, dirán algunos, hasta la idea misma de justicia distributiva. Cf. 35.

Pero hoy sabemos que el socialismo no podrá ser asegurar una sociedad de la abundancia porque ninguna sociedad podrá ser una sociedad de la abundancia. Ya no se trata de si un modo de producción específico (*hipótesis débil de la abundancia*) es capaz de asegurar el crecimiento ilimitado, sino de que (*hipótesis fuerte de la abundancia*) ningún modo de producción puede hacerlo²⁸. El reconocimiento de esa circunstancia afecta decisivamente a las ideas acerca de la transición: a la naturaleza de la (hipotética) *crisis del capitalismo*, a la *viabilidad* de la alternativa socialista y al *proceso*. En primer lugar, afecta a la crisis del capitalismo, que ha mostrado una notable capacidad de adaptación y de supervivencia: si la crisis se produce no será como resultado de procesos endógenos ni apuntará en la dirección del socialismo, sino que tendrá que ver con límites externos, con el hecho de que su expansión choca con las constricciones impuestas por los recursos y la preservación de los ecosistemas que aseguran la supervivencia de la especie, circunstancia que de dejamos en algún sitio, puede muy bien ser más cerca de la barbarie que de una sociedad bien organizada. Por otra parte, las experiencias del socialismo real nos recuerdan que, abandonada la hipótesis de la abundancia, los problemas de organizar una sociedad socialista no son despreciables y eso, entre otras cosas, invita a tener razonables dudas acerca si existen alternativas al capitalismo que resulten creíbles y atractivas. Finalmente, las sociedades en donde el capitalismo ha alcanzado un alto grado de desarrollo son sociedades complejas, con conflictos de intereses también entre distintos segmentos de una clase obrera que ha alcanzado niveles no despreciables de bienestar, educada en la creencia de que sus posibilidades de consumo son ilimitadas y cuya situación poco tiene que ver con la clásica imagen de exclusión social, hoy reservada a otros segmentos de población, marginales, irrelevantes para la reproducción del capitalismo. En esas circunstancias, se disparan los costos de transitar desde un presente relativamente cómodo hacia un futuro incierto en un proceso que exigiría importantes modificaciones en la conducta de gentes forjadas en la expectativa del crecimiento sostenido del consumo²⁹.

Por supuesto, nada de ello otorga avales normativos, o al menos, no inmediatamente, al capitalismo ni corrige el diagnóstico de su incompatibilidad con la buena sociedad. De hecho, si nos tomamos en serio el reconocimiento de que su expansión choca con las condiciones de buen trato con los recursos y la biosfera, tenemos razones para pensar que, a largo plazo, el capitalismo resulta incluso incompatible con una sociedad mínimamente decente: pues si, por una parte, cada vez deja menos terreno de juego y estrecha las posibilidades de actuación, en tanto produce la devastación de los recursos y alienta una cultura del consumo, por otra, deja a unos jugadores con todas las bazas, incluida la posibilidad de expulsar a los débiles, al propiciar la concentración de poder en pocas manos, libres de todo control democrático, y con todas las razones para jugarlas, al favorecer una desigual distribución de los recursos y de los consumos energéticos. Escenario lo bastante inquietante como para que, en comparación, hasta la explotación resulte irrelevante moralmente. Ya no se trata tanto de que la riqueza de unos requiera de la explotación de los otros como de que la riqueza de unos requiera de la desaparición de los otros: si los privilegiados pueden mantener niveles altos de consumo, en términos energéticos, es porque los excluidos no consumen igual y estará en el mayor interés de los primeros que, sencillamente, desaparezcan, cosa que, en ningún caso, sucederá

28 Como se ve, la hipótesis fuerte es más estricta, apela a limitaciones físicas; por su parte, la hipótesis débil apela a limitaciones de ciertos modos de organización social.

29 Sobre el problema de los costos de la revolución para sus protagonistas: A. Buchanan, «Revolutionary motivation and rationality», M. Cohen, T. Nagel, T. Scanlon (edts.), *Marx, Justice and History*, Princeton U.P., Princeton, 1980; M. Taylor, (edt.), *Rationality and Revolution*, Cambridge U.P., Cambridge 1988.

con el explotado, al cual, el explotador necesita para vivir. En suma, el capitalismo no parece estar en condiciones de encarar el reto elemental de la buena sociedad: proporcionar un buen manejo de la escasez, garantizar unas mínimas condiciones de vida digna para la especie.

Ahora bien, en contra de lo sostenido por el modelo tradicional, las dificultades del capitalismo no son soluciones para el socialismo. El abandono del horizonte de la abundancia tiene consecuencias paradójicas para el socialismo. Por una parte, el reconocimiento de que ninguna sociedad podrá ser una sociedad de la abundancia y de que el capitalismo es un sistema patológico en su trato con los recursos, proporciona un refuerzo adicional al núcleo de la identidad socialista y, en especial, a las distribuciones igualitarias: la desigualdad resulta más intolerable porque conlleva, inmediatamente, la miseria de los peor situados. Sin embargo, a la vez, esa misma circunstancia también complica la transición. El ideario puede encontrar mejores fundamentos pero eso es cosa distinta de su extensión: que haya razones para el socialismo no quiere decir que el socialismo aparezca como una posibilidad razonable para los sujetos que han de protagonizar el cambio. Mientras, la abundancia asumida en el modo clásico enfilaba a los procesos en la dirección de los proyectos, la escasez rompe esa continuidad: ya no cabe alentar unas demandas, cualquier tipo de demandas, en la convicción de que la futura sociedad las atenderá. Antes al contrario, el reconocimiento de la escasez, que avala el objetivo, invita a adoptar cambios en los comportamientos que no resultan fáciles de asumir a poblaciones educadas en el consumo y la irresponsabilidad cívica. Las gentes tendrán que corregir de modo radical hoy unos patrones de conducta profundamente enraizados en nombre de unos beneficios que, si acaso, recaerán sobre gentes que no conocen: generaciones futuras, ciudadanos de otros países. Y además sobre el horizonte de una alternativa sobre cuya viabilidad, una vez abandonado el supuesto de abundancia, caben dudas razonables. Desde luego, una transición difícil, unos costos nada despreciables.

Es aquí donde los socialistas, que aspiran a modificar las cosas, se enfrentan a un dilema que, aunque no es nuevo en la historia del socialismo, se presenta agudizado, sobre *la posibilidad del socialismo*: persistir en un ideal de buena sociedad, con solventes fundamentos normativos y en profunda ruptura con el capitalismo, pero con unos costos de transición que lo hacen improbable o demasiado exigente con una ciudadanía que, sin intervenciones sistemáticas, difícilmente aceptaría una modificación en sus modelos habituales de vida; o bien, aceptar el capitalismo y comprometerse en una actitud vigilante y reparadora de sus patologías a sabiendas de que se reproducen, crecen o surgen nuevas y de que las conquistas son provisionales y reversibles. La primera opción, entre otros riesgos, conlleva la aceptación de la posibilidad de que una parte importante del núcleo normativo socialista, sobre todo aquel que tiene que ver con un completo autogobierno, tenga que verse «congelado», en el mejor de los casos transitoriamente: resultaría difícil evitar intromisiones políticas autoritarias en la «reeducación» o en la penalización de los comportamientos insolidarios en la transición hacia una sociedad socialista que, por las razones apuntadas, aparece como la única sociedad decente y que, además, dada la naturaleza y gravedad de los problemas asociados a la escasez, resulta necesaria y urgente. La segunda opción supone diluir lo que hemos llamado identidad del socialismo, abandonar los objetivos emancipatorios: si el socialismo se reconoce en ciertos valores y esos valores no son realizables en el capitalismo, esto es, si, como hemos tratado de mostrar, el núcleo de la identidad socialista se estima vigente, la aceptación del capitalismo conlleva el abandono de los ideales socialistas³⁰.

30 Por supuesto, la pregunta, que no cabe abordar aquí, es si cabe escapar a ese dilema. Vale decir que, muy en general, cualquier intento de hacerlo requiere, entre otras cosas, hacer menos costoso el salto entre el presente y el futuro y alentar ini-

Recapitulemos. El núcleo de la identidad socialista, configurada por un conjunto de tesis normativas y un diagnóstico empírico, parece no haber perdido vigencia. En ese sentido la crisis del socialismo no debería entenderse como una «crisis de identidad». La crisis, importante para un pensamiento con voluntad transformadora, tiene que ver sobre todo con la materialización de ese ideario, con una transición que en nada se parece a la clásica imagen de un inexorable avance en la senda del socialismo. Dificultades que se ahondan con el abandono de la hipótesis de abundancia. El problema no es ya que el socialismo no asegure un mayor grado de desarrollo de las fuerzas productivas, es que ningún escenario social, el que sea, puede, de modo permanente, asumir el horizonte de ilimitado crecimiento. Circunstancia que, a la vez, que refuerza el ideario complica los procesos, las posibilidades de intervención social.

La escasez y el dilema de la compatibilidad del ideario

Por lo visto hasta ahora la crisis del socialismo afecta al cómo se llega, a la transición. Lo que hemos llamado *núcleo del socialismo* se mantiene intacto e, incluso, reforzado: el ideario parece todavía más justificado y es el caso que el capitalismo impide su realización social. De ahí, por tanto, su condena. Si embargo, tomarse en serio la hipótesis fuerte de la abundancia también tiene implicaciones respecto a la viabilidad práctica del ideario, a la compatibilidad material de los distintos principios que lo conforman³¹. Para ver como ello puede suceder, es conveniente detenerse en la naturaleza de la descalificación del capitalismo y del papel que en ella juega el supuesto de abundancia.

En la argumentación anterior el capitalismo quedaba descalificado por injusto. Pero no es ese un diagnóstico común a todos los socialistas. Para una importante tradición socialista la crítica moral es impertinente por una razón previa: la crítica sólo resulta posible cuando las cosas pueden ser de otra manera y es el caso que en el capitalismo las cosas no pueden ser de otro modo por su incapacidad para desarrollar las fuerzas productivas. En ese sentido, el capitalismo sería indeseable, pero no inmoral. Como nos recordó Kant, deber implica poder, esto es, para plantearse algo como meta es condición que sea realizable; y sucede que el capitalismo no puede, en sentido fuerte, cumplir los criterios de la buena sociedad socialista porque para su completa satisfacción se requieren unas condiciones (hipótesis débil) de abundancia inaccesibles para el capitalismo, un sistema que, según esa clásica interpretación, impide, en virtud de sus propias relaciones de propiedad, el completo desarrollo de las fuerzas productivas. De hecho, incluso se podría decir que el capitalismo puede ser justo en sus propios términos, mientras sean libres e informadas las relaciones contractuales y de inter-

ciativas a corto plazo que tengan implicaciones irreversibles en un horizonte más dilatado y que prefiguren la sociedad futura. En ese sentido son de interés las propuestas igualitarias que buscan introducir constitucionalmente ingresos ciudadanos garantizados, que, además de asegurar ingresos con independencia del mercado, mitigan el peor estado de los que están peor, les otorgan capacidad de negociación y de elección de actividad, y disminuyen su dependencia respecto a las arbitrariedades de los poderosos; y también de propuestas que buscan asegurar mecanismos de asignación —a través fondos de inversión colectivos de sindicatos u otros colectivos— que quiebren las relaciones de poder y de dominación y operen según criterios más amplios que el beneficio inmediato. F. Ovejero, «la identidad perdida de la tercera vía», en M. Jacques (comp.), *¿Tercera vía o liberalismo?*, Icaria, Barcelona, 2000. Para ideas muy interesantes en ese sentido, cf. E. O. Wright, «Basic Income, Stakeholder Grants and Class Analysis», Mayo, 2002 (inédito).

31 Para distinguirla de la inconsistencia o imposibilidad conceptual. Pretender que, manteniendo la renta y el ahorro constantes, aumenten, a la vez, el consumo y la inversión es una imposibilidad conceptual (como un círculo cuadrado), mientras que querer una pasión sin dependencia (o comer y estar delgado, *ceteris paribus*) es una imposibilidad empírica, material, aun si resulta concebible un mundo posible donde ello pudiera suceder. Aunque, en detalle, se le podrían poner pegos a la distinción, para los presentes propósitos, es pertinente y fecunda.

cambio en las que se basa³². Si, desde una perspectiva socialista, se lo califica de «injusto» es contrafácticamente, en la medida que, al hacer imposible la abundancia, hacer imposible la satisfacción de los ideales socialistas³³.

Desde esta perspectiva, pues, el capitalismo es un sistema que impide el desarrollo de las fuerzas productivas y, por eso mismo, impide la plena realización del socialismo³⁴. Obviamente, ese juicio parece presumir que el ideal socialista requiere de la abundancia para su realización, esto es, que la hipótesis de la abundancia afecta no sólo a la transición. Y, en efecto, hay razones para pensar que la abundancia también es importante para la realización del ideal socialista: a) permite liberarse de horas y tiempo para ejercer y cultivar las propias capacidades; b) proporciona los suficientes recursos para que cualquier proyecto de vida encuentre los medios para su ejercicio sin que sea en menoscabo de los proyectos de los demás; c) hace desaparecer los comportamientos agudamente competitivos en la búsqueda de las enormes ventajas diferenciales que acompañan a las escasas posiciones de privilegio que las situaciones de escasez permiten, comportamientos que hacen imposible cualquier vestigio de fraternidad; d) no obliga a intervenciones sociales sistemáticas, altamente costosas, en términos materiales y morales, para sostener escenarios igualitarios o de justicia, porque cuando todos pueden satisfacer sus deseos, nadie envidia la situación de los demás. En suma: la abundancia hace posible que una sociedad igualitaria se pueda mantener con razonables vínculos fraternos y dando cabida al respeto a la elección autónoma de los proyectos de vida y, por ende, a la autorrealización, sin que se requieran intromisiones sistemáticas de las instituciones que frustrarían la realización de tales ideales³⁵.

Ahora bien, si es cierta la hipótesis fuerte de la abundancia, si ninguna sociedad, incluida la socialista³⁶, se podrá edificar bajo el supuesto de abundancia, la pregunta es inmediata: ¿qué pasa entonces con el ideal socialista? La primera tentación es responder que no se ve afectado, que los

32 No es desatendible la sensibilidad epistémica de este juicio capaz de compatibilizar el relativismo (empírico) de la historia con la valoración que, por definición, no puede ser relativista, al menos en un sentido trivial.

33 Según ciertos comentaristas, esa es la tesis de Marx, quien vendría a decir: a) que la justicia existente —la que cuaja en los intercambios, en acuerdos libres entre individuos— es la compatible con el capitalismo, explicable desde él y la única que razonablemente se le puede demandar; b) la crítica moral, desde otros principios de justicia, es suprahistórica y carece de sentido, por imposible; c) sólo el socialismo, una sociedad de la abundancia, puede satisfacer los principios absolutos. Para estos puntos de vista: A. Wood, «Marx's Inmoralism», en B. Chavance, *Marx's in Perspective*, Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 1985. Un repaso detenido de los diversos puntos de vista en: R. G. Peffer, *Marxism, Morality and Social Justice*, Princeton: Princeton U.P. 1990.

34 Desde otro punto de vista se podría decir que las exigencias de justicia no pueden ser satisfechas por aquellas circunstancias de justicia que hacen necesarias las concepciones de justicia y que, por ello, fracasan los intentos de conseguir la realización de la justicia en el capitalismo.

35 De hecho, se podría afirmar que, al no darse las circunstancias de justicia distributiva (la escasez) en la sociedad socialista, no cabe referirse a ella como una sociedad justa: el socialismo, al abolir las condiciones de justicia, no aplica principios de justicia, no porque sea «injusto», sino porque «está más allá», cf. A. Buchanan, en *Marx and Justice*, Totowa, Rowman, 1982, cap. 4: «The Marxian Critique of Justice and Rights».

36 Problemas que podían ser escamoteados mientras se pensaba al socialismo como una sociedad con un crecimiento ilimitado de las fuerzas productivas. Pero la situación cambiaba una vez reconocida la quiebra de la hipótesis de la abundancia. Quiebra que, además, en el caso del socialismo resultaba particularmente patente: como recordaban con rotundidad las colas en las tiendas para adquirir bienes, la mayor parte de los estrangulamientos de los socialismos conocidos procedían del lado de la oferta, no de la demanda. Y ello era consecuencia de problemas que tenían que ver con: a) las motivaciones: las gentes, sabedoras de que recibían lo mismo tanto si cooperaban como si no, se abstendían de participar y caía la productividad; b) el diseño institucional: un problema de coordinación (qué hay que producir, en qué cantidad y para quien de los procesos económicos) que el mercado mal que bien resuelve y que es básico para economías medianamente complejas (en una familia las cosas son más sencillas).

idearios, como tales, son inmunes a las críticas empíricas, que, en sentido fuerte, los valores no son verdaderos o falsos, no se pueden «contrastar» y, en ese sentido, ningún hecho corrige ningún valor. El principio de que «todos los seres humanos tienen los mismos derechos» no depende de ningún estado del mundo, no depende, por ejemplo, de si es verdad o no que «los seres humanos son iguales». Sin duda, eso es verdad, pero no es toda la verdad y las cosas cambian cuando se trata de las propuestas prácticas en las que los valores cristalizan. Por ejemplo: la propuesta: «Todos los seres humanos deben acceder a un nivel de consumo equivalente al del americano medio», es irrealizable porque requeriría unos consumos energéticos superiores a la capacidad del planeta. Por supuesto reconocer este último dato no exige abandonar el ideal igualdad, pero sí que obliga a revisar las formas que adopta. De poco les serviría un reparto igualitario a cinco personas que, atravesando el océano en un bote, disponen de veinte unidades alimentarias y necesitan para sobrevivir cinco unidades de alimentos cada una de ellas. La igualdad, en este caso, se deberá traducir, por ejemplo, en un sistema de lotería en el que todos tendrían la misma probabilidad de sobrevivir, esto es, en el que por azar uno de ellos se quedaría sin ninguna unidad alimentaria. Repárese en que los sujetos de nuestro ejemplo, suponiendo que no sean altruistas incondicionales³⁷, no pueden dejar que cada uno consuma lo que quiera y necesitan establecer un sistema de toma de decisiones colectivas. No sólo eso: si no llegan a acuerdos, quizá se vean en la necesidad de imponer la regla de distribución, de cercenar la libertad. En el mismo sentido, a la luz de las circunstancias empíricas, las propuestas igualitarias socialistas adoptan una forma u otra y, según como acaben por cuajar, pueden aparecer problemas de compatibilidad con otros principios.

En principio, como se dijo, la hipótesis fuerte de la abundancia proporciona una solvencia adicional a las tesis igualitarias del ideario socialista. Cuando es el caso que no hay de todos para todos y sabemos que ninguna futura sociedad se parecerá a una biblioteca pública con infinitos volúmenes o a un supermercado en donde cualquiera puede disponer de lo que quiera para cualquier plan de vida, el reparto de lo escaso parece razonablemente apuntar en dirección a la igualdad. Ahora bien, también es cierto que, en condiciones de escasez, un reparto igualitario de lo poco puede plantear problemas para la realización simultánea de los ideales de autogobierno o de autorrealización³⁸: si ciertos individuos necesitan enormes recursos para desarrollar sus talentos, si sólo pueden hacerlo pilotando naves espaciales, otros no podrán elegir vidas que razonablemente podrían escoger; puesto que, en condiciones de escasez, cuando los beneficios de la más mínima ventaja posicional son altos y atractivos, el mantenimiento de la igualdad puede exigir fuertes intromisiones públicas para evitar la tentación y controlar las tensiones antisociales que ello puede producir. Por supuesto, sucede que, con nuestro ejemplo de la biblioteca, no todos quieren leer los mismos libros, que no todos tienen las mismas preferencias o se empeñan en proyectos de vida que requieren muchos recursos, pero, desde luego, una sociedad en donde unos sólo pueden realizar sus proyectos siempre que otros no quieran hacerlo de la misma manera, resultará difícilmente aceptable para los socialistas³⁹. En esas condiciones, para asegurar un reparto igualitario de la escasez, serán nece-

37 De hecho, si hubiera un sólo altruista dispuesto a sacrificarse, no haría falta el sistema de decisiones. En cambio, con dos, ya se necesitaría resolver un problema de coordinación: quién es el sacrificado.

38 Implícitamente aquí se está subordinando la autorrealización a la igualdad. Esto no es incompatible con la prioridad anteriormente otorgada a la autorrealización. El que la igualdad sea una condición de autorrealización —para todos— era otro modo de decir que para conseguir la máxima meta, la autorrealización, la igualdad era una estación de paso obligado. Lo que sucede es que es una estación de paso con valor propio.

39 Este juicio debe matizarse en un doble sentido: a) en rigor, hay cierto grado de escasez en todo bien económico que hace imposible que pueda estar disponible sin restricciones a la vez para todos: si todo estuviera disponible sin restricciones nadie compraría ni vendería; b) hay ciertos tipos de vidas no elegidas (enfermedades o carencias graves) que requieren

sarias intervenciones políticas que fácilmente afectarán a la libertad de los ciudadanos⁴⁰. ¿Quiere ello decir, entonces, que el valor comprometido será el de la libertad? Así las cosas, podríamos encontrarnos con un argumento parecido al utilizado por los socialistas para descalificar al capitalismo: si es el caso que la abundancia es una condición para la realización de los ideales socialistas, y sucede que el socialismo no es una sociedad de la abundancia, el socialismo no permitirá la realización de la emancipación.

¿Es posible escapar a esta conclusión? Desde luego, resultará difícil hacerlo si la libertad se entiende como la posibilidad de hacer lo que uno quiere, de satisfacer cualquier deseo. En tal caso la sociedad socialista no será libre. Ahora bien, si la libertad se entiende como la capacidad de elegir los propios deseos y, razonablemente, se presume que esa soberanía sobre uno mismo no conducirá a desear objetivos imposibles o inaccesibles⁴¹, las cosas no tienen porqué ser de la misma manera. En el primer caso, el individuo actúa movido por sus deseos y su libertad se verá cercenada en la medida en la que se pueda producir una interferencia, real o potencial, a su satisfacción. Desde esa perspectiva, por ejemplo, las leyes, incluidas las justas, limitan su libertad: es libre cuantas menos leyes tenga. En el otro caso, el individuo actúa movido por sus mejores razones y son estas las que rigen sus elecciones. Será libre en la medida en la que se someta a las leyes que el mismo se haya dado en condiciones de mínima autonomía, esto es, desde la posibilidad de cribar racionalmente sus propios deseos ante un conjunto de opciones reales y relevantes⁴².

Obviamente, no se trata de resolver los problemas jugando con las palabras, mediante una nueva definición de libertad. La operación conceptual nos interesa porque apunta al verdadero problema: las motivaciones. En el horizonte de la abundancia, no había mayor preocupación por precisar la idea de libertad o autonomía: la idea de libertad como realización de cualquier deseo era realizable y, por supuesto, también cualquier otra menos exigente desde el punto de vista de los requerimientos energéticos. En el supermercado de infinitos bienes, los egoístas o los insaciables no resultan un problema. Cuando la escasez se hace presente, sí lo son y el mantenimiento de la igualdad hará inevitables las intromisiones que, aun si justificadas, no resultarán fácilmente aceptables. Las cosas serán muy diferentes con otras disposiciones, si las gentes no ignoran las necesidades de los otros o si, simplemente, entienden que no han de cultivar deseos imposibles. En tal caso, el proyecto socialista se podrá llevar a cabo, se podrán realizar distribuciones igualitarias sin atentar contra la autonomía o el autogobierno. Para ello, por supuesto, es importante que los ciudadanos se sientan parte de una sociedad justa, pero también que esa circunstancia constituya una razón para sus acciones, que se sientan comprometidos motivacionalmente con las decisiones que

unos recursos que no pueden estar disponibles para todos a la vez (ninguna sociedad, por ejemplo, está en condiciones de disponer de UVI permanentes para cada ciudadano). Pero eso nada tiene que ver con una elección de proyecto de vida y, desde el punto de vista de la igualdad, lo que importa es que todos tengan igual probabilidad de acceso, que es lo que se intenta proporcionar a los individuos con carencias físicas que llevan a asignarles más recursos.

40 Eso no quita para advertir que las intervenciones deberían ser todavía mayores en una sociedad que quisiera mantener el privilegio de unos pocos. La libertad de las privilegiadas sólo se podría hacer a costa de fuertes limitaciones en la libertad de los excluidos, situación obviamente inaceptable para los socialistas que pretenden una sociedad en donde el acceso a la vida buena esté al alcance de todos.

41 Obviamente, en sentido fuerte, la posibilidad de elegir los propios deseos no excluye la elección de deseos imposibles; pero sí parece razonable suponer que nadie deseara lo que sabe a ciencia cierta que será fuente de insatisfacción.

42 Eso significa: a) que no sean triviales (el color de la camisa); b) que sean reales: no elegir entre dos opciones idénticas (dos periódicos iguales) o falsas (entre dos periódicos uno deportivo y otro financiero); c) que no le planteen chantajes vitales (vivir o morir); d) informadas, que se ajusten a los datos (ser inmortal). Para ideas al respecto: J. Raz, *The Morality of Freedom*, Oxford, Clarendon Press, 1986.

toman y que, precisamente porque se han desarrollando en las adecuadas condiciones de autogobierno, estiman justas⁴³.

Desafortunadamente, la tradición socialista no estaba en la mejor disposición para abordar el problema de las motivaciones y en ello mucho había tenido que ver la hipótesis de la abundancia: con recursos ilimitados poco importaba si las gentes eran generosas y austeras o egoístas e insaciables. Y cuando no se ignoraba el problema, se lo sometía a enormes simplificaciones. En lo esencial se asumía que, con el fin de la propiedad privada y la consiguiente desaparición de las clases, desaparecerían los conflictos y, «ahora, que ya no se trabajaba para otros», emergería una natural disposición cooperativa que el capitalismo había pervertido⁴⁴. Las ingenuidades de esa concepción son diversas. Existen importantes líneas de división social conflictivas (culturales, sexuales) que, aunque condicionadas por las clases sociales, no son reducibles a diferencias de clases. Por otra parte, la naturaleza humana ha resultado ser mucho más compleja que la simplificada e idealizada visión de los socialistas clásicos: no es seguro que, en la sociedad de los iguales, todos estuvieran dispuestos a cooperar o a seguir sin más el principio de «a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus capacidades»; al revés, lo que muy bien podía suceder es que, una vez institucionalizado ese principio distributivo, los individuos exagerasen sus necesidades y no revelaran sus capacidades, que adoptaran comportamientos de free riders: aprovecharse del trabajo de todos y evitarse los costos de participar⁴⁵.

En suma, las condiciones de escasez resultan relevantes tanto en el modo en el que los valores se materializarán como en la compatibilidad entre ellos. La prioridad que, cuando hay poco por repartir, razonablemente hay que conceder a la igualdad puede comprometer la autorrealización, habida cuenta la dificultad para mantener las condiciones de plena autonomía en la elección de los objetivos y de plena disposición de los medios para su obtención⁴⁶. Mientras se pudo mantener la quimera de que el socialismo estaba asociado a un desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas, todos esos

-
- 43 Y reconocerían, por ejemplo, que es de justicia que el incapacitado pueda acceder a más recursos y que no lo es proporcionar los mismos recursos a quienes quieren pilotar naves espaciales. De este modo, las motivaciones también se convierten en un requisito para la realización de los principios democráticos: el autogobierno no se convertirá en una competencia de grupos por conseguir lo que se pueda a costa de quien sea (mayorías explotadoras), sino que se demandará lo que se juzga razonable. En caso contrario, la escasez y la igualdad exigirán acabar con la democracia.
- 44 Convicción que se veía reforzada por la presunción de que en el socialismo las relaciones sociales serían tan inmediatamente transparentes como en una economía familiar, cosa que no sucedía en la sociedad capitalista, en donde las relaciones reales —de explotación, dominación y alienación— resultaban distorsionadas: los intercambios parecían darse entre equivalentes (trabajo por salario), las mercancías y el capital parecían inherentemente valiosos (y no en tanto que producto del trabajo humano). En el socialismo desaparecerían esas distorsiones que dificultan la comprensión del capitalismo, esa alienación de la sociedad respecto a sus protagonistas, que la ven como dotada de una especie de «naturalidad» que es ajena a sus voluntades. En esas circunstancias, la inmediata comprensión de los procesos, aunada a las buenas disposiciones de las gentes, prácticamente resolvía todos los problemas de funcionamiento social, de cómo organizar la vida colectiva Cf. G. Cohen, *Karl Marx's Theory of History*, op. cit., pp. 396-ss.
- 45 Por otra parte, incluso con la mejor disposición cooperativa y en los escenarios sociales más transparentes, siempre existen problemas de coordinación que requieren diseños institucionales para resolverlos: si después de una fiesta, todos se ponen a recogerlo todo, se estorbarán; si en una sala cerrada, con una multitud dentro, se produce un incendio, aparecen problemas de acción colectiva, incluso si hay buena disposición cooperativa: si cada uno, generosamente, deja el paso a los demás, no saldrá nadie.
- 46 Y en ese sentido los proyectos se pueden descalificar por condiciones empíricas, como sucede con los modelos de mercado que presumen condiciones técnicas de producción imposibles o individuos con capacidades de computación excepcionales o con modelos de socialismo que presumen unas disposiciones cooperativas heroicas, irreales a la luz de lo que sabemos de la naturaleza humana.

problemas podían ser escamoteados. Pero una vez reconocida la quiebra de la hipótesis de la abundancia la situación cambia y parece dibujarse un nuevo dilema entre, de una parte, aceptar una cierta idea de la naturaleza humana asociada a la libertad como satisfacción de los deseos y asumir que en tal caso el proyecto igualitario resulta incompatible con el pleno respeto a la libertad y el autogobierno o bien, una vez asumida una idea más sofisticada de la naturaleza humana, poco acorde con las disposiciones alentadas por el capitalismo y no sin dudas acerca de su plausibilidad⁴⁷, persistir en la realización de un ideario que, eso sí, requiere una idea más exigente de libertad. Desde otro punto de vista, cabría hablar de una suerte de triángulo de realización del socialismo con tres vértices: la antropología (las disposiciones egoístas), las condiciones sobre las que se enmarca la sociedad socialista (la hipótesis de abundancia) y el ideario. Un triángulo en el que la variación de uno de los vértices sólo se puede hacer si, a al vez, se modifica algún otro: si se quieren mantener las motivaciones, dada la hipótesis de escasez, hay que corregir el ideario; si el ideario se quiere mantener, la hipótesis de escasez sólo resulta compatible con un cambio en las motivaciones; etc. Obviamente, no todos esos movimientos son igualmente posibles. Lo que es seguro es que la hipótesis fuerte de abundancia ha convertido lo que parecía una variable (social, tecnológica) en un parámetro⁴⁸. Dicho de otro modo: si los socialistas quieren persistir en su proyecto, su mirada está obligada a dirigirse hacia las motivaciones, a explorar, entre el repertorio de disposiciones básicas de la especie humana, la presencia de aquellas que resultan más acordes con escenarios fraternos e igualitarios⁴⁹.

Para acabar

Precisamente porque pretende una sociedad digna para el conjunto de la humanidad, incluidas las futuras generaciones, el socialismo debe tomarse en serio las implicaciones del reconocimiento de la escasez de los recursos. Sin duda, la escasez otorga nuevos avales al socialismo, aunque sólo sea porque, sobre su horizonte, difícilmente se puede pensar en una sociedad capitalista que no desembogue en la barbarie moral. Sin embargo, por otra parte, sitúa a los socialistas frente a importantes dilemas prácticos. En primer lugar, respecto a los procesos, aparece radicalizado un dilema que forma parte de la historia del socialismo entre apostar por la radical discontinuidad con la sociedad capitalista, con la posibilidad de enfrentarse a altos costos sociales, o bien, asumir la continuidad con la sociedad capitalista y adoptar una actitud de perpetua desconfianza, de tratar de contener sus consecuencias perversas, abandonando el proyecto de transformación radical y asumiendo la inestabilidad y la reversibilidad de las conquistas. He de confesar que no tengo claro si hay una solución al dilema⁵⁰, pero sí que creo que están bastante claras las diferentes implicaciones de adoptar uno u otro cuerno del dilema: en un caso estar dispuestos a asumir intervenciones sociales altamente costosas y con enormes incertidumbres morales; en el otro, enfrentarse a procesos reversibles, inestables y a nuevas patologías, resultado de intervenciones parciales, que pueden, por ejemplo, desembocar en la

47 Simplificando mucho, podríamos decir que nos enfrentamos a un dilema entre, por así decir, el socialismo y los ideales socialistas. Simplificando todavía más, el dilema podría presentarse como el que clásicamente han repetido los liberales: escoger entre la libertad y la igualdad.

48 En el capitalismo las posibilidades son más limitadas: las motivaciones egoístas también constituyen un parámetro.

49 Cf. S. Bowles, H. Gintis, *The Origins of Human Cooperation*, Santa Fe Institute Working Paper #02-08-035, August 2002; F. Ovejero, «Del mercado al instinto», *Isegoría*, 18, 1998.

50 Cf. Nota 30.

recuperación de formas salvajes de capitalismo⁵¹. Quizá sea posible escapar al dilema, pero hay que ser muy cautelosos, después de tantas terceras vías fatigadas que, en el mejor de los casos, al final, estaban situadas en el segundo cuerno del dilema⁵².

Por otra parte, el abandono de la hipótesis de abundancia también tiene consecuencias sobre los proyectos. Como se vio, la abundancia, facilitaba la realización de los principios socialistas: la alta productividad permitía disponer de tiempo para la autorrealización y la participación en actividades públicas; la existencia de bienes para todos, al evitar la competencia por las enormes ventajas diferenciales que siguen a las escasas oportunidades de privilegio, favorecía la estabilidad de la igualdad y hacia más probables unos vínculos comunitarios, infrecuentes cuando los demás se contemplan como rivales; la existencia de recursos en abundancia aseguraba que cualquier proyecto de vida, fuera el que fuera, encontraba medios para realizarse y, por tanto, para que los individuos se sintieran libres, tanto en el sentido de que podían elegir las propias vidas como en el más trivial de que eran libres para satisfacer cualquier deseo. No ha de extrañar, pues, que, reconocida la escasez, aparezcan dudas acerca de la completa realización del viejo ideal socialista. Una posibilidad consiste en, una vez aceptado cierto pesimismo antropológico, subordinar los diversos principios a una igualdad radical que, en una sociedad con recursos limitados, adquiere una mayor relevancia. Por otra parte, el mantenimiento del ideario en su sentido más completo obliga, en primer lugar, a precisar las ideas acerca de libertad o de autonomía y, a la vista de que sólo ciertas ideas, muy exigentes, resultan compatibles con un escenario de austeridad, la pregunta inmediata es si son realistas, si cabe esperar un comportamiento humano acorde con ellas, si las conductas requeridas están en el horizonte de posibilidades de la especie humana. Pregunta que adquiere particular peso y urgencia porque las motivaciones requeridas, hasta, por ejemplo, estar en condiciones de extender las disposiciones solidarias hacia las generaciones futuras, de entender que sus escenarios de vida son también una razón a atender en nuestras elecciones presentes, poco tienen que ver con las sensibilidades educadas y las disposiciones reforzadas (egoístas, competitivas, consumistas, antiigualitarias) en la sociedad capitalista.

51 En cierto modo es lo que ha pasado con los estados del bienestar, ahora en peor situación que hace unos años, en paralelo con el debilitamiento del movimiento obrero y las fuerzas políticas que contenían el proceso regresivo.

52 F. Ovejero, «la identidad perdida de la tercera vía», op. cit.